

Et in Arcadia ego (Sandra Almazán María)

Por segunda vez en lo que va de noche, llora. Por segunda vez, su rostro imperturbable se quiebra. Su boca se tuerce, sus manos espantan las lágrimas que dejan ardiendo sus mejillas. Por segunda vez, ella se rinde ante un simple ramo de lilas. Porque él, que conoce cómo huelen los recuerdos de su mujer, juega su última carta presentando en un jarrón el aroma del patio de su infancia. La esencia de un tiempo tranquilo, el calor del sol de primavera, una arcadia de la que él no había formado parte. Él, que es de los que dice "las flores, para los muertos", endulza sus palabras con el aroma morado de la memoria.

Por las ventanas abiertas se cuele el ruido de la madrugada madrileña y el olor de los primeros cafés sube a través del patio interior. En la cocina, los dos comen el resto de una tarta con la que celebraron como un triunfo los veinticinco años que le habían ganado al desgaste de lo cotidiano. Junto a ese bocado que le llena la boca de nata, ella se imagina la montaña de informes con pruebas, resultados, citas, que estarían aún escondidos en el despacho. Las esperas en las salas blancas y asépticas que él hizo en solitario. Y siente el gusto astringente de la anestesia al fondo de su paladar. El mismo que él hubiera de sentir al recibir las palabras que acabaron con su esperanza, con el ocultamiento.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—No mucho.

Y él le acaricia la mano tratando de arrastrar la pena. Una vez. Otra. Deshaciéndose poco a poco, volviéndose transparente, desapareciendo ante los ojos ya secos de su mujer.

Ahora, el sol atraviesa las persianas medio bajadas, alargando las sombras de una casa medio vacía, filtrándose hasta un jarrón de lilas ausentes.